

VIAJES POR EL TÉRMINO DE LORCA

Á TRAVÉS DE LOS TIEMPOS GEOLÓGICOS, CON UNOS CABALLEROS EN DESUSO.

(CONTINUACION)

Hagamos alto en nuestros viajes, y descansenos en compañía del lector, si alguno ha leído nuestros mal aliñados escritos; al fin de todo no perderemos el tiempo; y como el viajero consulta la *Guia* para estar al corriente de lo que le interesa, sepamos nosotros á dónde vamos, qué terrenos y qué tiempos nos quedan por recorrer.

A dónde vamos, bien lo dice nuestro epígrafe, á describir cómo se ha formado en la serie de los tiempos el suelo de nuestra patria hasta que en ella se presentaron las primeras gentes; para esto, y á grandes rasgos estudiamos la constitucion geológica de cada uno de los terrenos, las relaciones que entre sí tienen, y la influencia que en su formacion han tenido los grandes acontecimientos que han modificado el relieve del globo en una gran parte de su superficie.

Mil veces hemos oído preguntar maravillados á vista de restos de animales acuáticos, encontrados en las cimas de nuestras montañas: ¿y el mar ha estado aquí? ¿y esto ha sido mar en otro tiempo?

Si, hemos contestado, ha existido el mar en puntos de donde ahora dista mucho, y no así de una manera accidental ó pasajera, como sería una inundacion ó invasion repentina, sinó por mucho, muchísimo tiempo, sucediéndose multitud de generaciones de animales, segun indican los diferentes tamaños de sus restos fósiles, dispuestos tal cual hoy se presentan en el fondo y orilla de los mares actuales.

Este fenómeno no ha podido tener lugar sin la elevacion consiguiente de la superficie terrestre ocupada por el agua, toda vez que ésta no cambia de nivel, y si además las capas de sedimento depositadas en el antiguo fondo de los mares se encuentran más ó ménos inclinadas, no puede quedar duda del movimiento ascensional que el suelo ha ex-

perimentado.

Por más que la costra del globo se nos presente con solidez bastante para resistir á causas que exteriormente puedan obrar sobre ella, no es tanta la que tiene respecto á las que lleva en su seno: el fluido eléctrico del cual es el depósito comun; el calor que segun las observaciones y cálculos más aproximados sostiene en estado de fusion; las rocas más duras que se conocen á la profundidad de ménos de cincuenta kilómetros; el movimiento centrifugo de su masa por efecto de la rotacion sobre su eje; todas estas causas que constituyen la Dinámica del globo terráqueo modifican hoy, y han modificado en los antiguos tiempos de una manera más profunda la superficie de éste.

En general pueden reducirse á tres los movimientos que la tierra experimenta en su parte solidificada, y que llamaremos movimientos *vibratorio*, de *intumescencia*, y *orogénico*.

El movimiento vibratorio ó seísmico, (no importa que lo digamos en griego, porque hoy todos somos del siglo de la ilustracion y lo sabemos todo) como su nombre indica, comunica á la tierra rápidas y frecuentes oscilaciones en sentido horizontal y, de abajo arriba combinados, invade con la velocidad del rayo comarcas enteras; agrieta el suelo, desquicia rocas, hunde collados, eleva valles; pero todo este cataclismo solo lo experimentan las capas más superficiales; á ellas, en virtud de la elasticidad, va á parar el impulso comunicado á las capas profundas por la accion de las causas internas arriba mencionadas.

Este movimiento se relaciona con el Volcanismo, así es que está íntimamente ligado á la actividad de sus centros de erupcion; la América y las islas del Oceano índico, las provincias de Europa próximas al Etna, al Vesubio, al Strónboli y al Hekla, y las de nuestra España inmediatas á la gran zona volcánica que, empezando junto á Olot, y Castelfullit, se extiende por Cabo de palos, Mazarron, Vera, Cabo de Gata, Marbella, el Algarbe, Lisboa y la Coruña, y oculta por las aguas del mar cantábrico, vuelve á aparecer por ambas faldas del Pirineo, ha rodeado en otro tiempo como una faja de fuego toda la Península ibérica; estas regiones, repetimos, son las que experimentan con más frecuencia esas conmociones, llamadas con tanta propiedad *Terremotos*.

No es del caso ocuparnos detalladamente de las causas que dan origen á estos movimientos; pero sí hacemos notar, que no habiendo los Volcanes aparecido hasta una época relativamente reciente, deben haber sido recientes también estas sacudidas, débiles restos de las espantosas convulsiones del globo en sus primeras edades.

El movimiento que hemos llamado de *intumescencia* no es rápido é instantáneo como el anterior, al contrario, su modo de obrar es lento, casi imperceptible; abraza grande extension en la superficie de la tierra; comarcas y aun continentes enteros, y como si obedeciese aquella á un potente y vigoroso impulso de abajo á arriba

se eleva en unas partes y se hunde en otras, asemejándose á una gigantesca ola, razon por la cual ha sido llamado por algunos geólogos movimiento *undulatorio*.

Cuando hay un punto fijo é invariable á que poder comparar la elevacion de la tierra, por ejemplo, el nivel del mar, es fácil apreciar ésta; así es como se ha podido observar que las costas de Suecia se elevan poco más de un pie cada siglo: al pie del castillo de Aguilas hay un gran banco de marga caliza incrustada de conchas fósiles, algunas casi con sus colores, idénticas á las que viven ahora en el Mediterráneo; este banco que en algunos puntos es casi horizontal, está á muy pocos metros sobre el nivel del mar: si hubiéramos de calcular por lo que pasa en las costas de Suecia, suponiendo que su mayor altura sea de treinta á cuarenta pies, debemos inferir que no han pasado menos de tres ó cuatro mil años después del periodo plioceno, al cual pertenece esta marga, es decir, casi es contemporáneo de la última época de la Tierra.

Las elevadas llanuras del desierto de Cobi y el gran macizo del Himalaya modifican todo el continente asiático, y lo mismo que la gran llanura central de Francia, las extensas mesetas de Extremadura y la Mancha, son ejemplos de este movimiento de intumescencia que, aunque en menor escala, podemos estudiarlo sin salir de nuestra comarca.

Colocados á la mitad de la altura de la *sierra de Enfrente* mirando hácia Lorca, se ve elevarse gradualmente el terreno en direccion al Norte, prescindiendo enteramente de las elevaciones propias de las sierras que sobre él descansan, y así va subiendo hasta que termina en las llanuras de Albacete y de Chinchilla: más en pequeño lo vemos en el *Lomo de Bujercal*, y en el *Puerto adentro* que ya hemos descrito en los viajes anteriores.

El movimiento *orogénico* sin ser tan instántaneo como el primero, es sin comparacion mucho más rápido que el de intumescencia; nó obra como éste encorvando sin fracturar las capas en una gran superficie, al contrario, recorre grandes longitudes, fractura y eleva las capas del terreno á una considerable altura, y siempre en una direccion determinada: de suerte que podemos decir que su accion es lineal, surcando y dividiendo la tierra con elevadas cordilleras.

El primero que observó que el levantamiento orogénico, ó de montañas se habia verificado en distintas épocas y en distintas direcciones, si bien idénticas en cada periodo, fué el ilustre geólogo francés Elie Beaumont. Estos levantamientos son las cuasas que más influencia han tenido en la constitucion fisica del globo, produciendo las grandes dislocaciones de sus masas extratificadas, variando la distribucion de sus mares, elevando el fondo de unos hasta dejarlo en seco, acumulando sus aguas en puntos donde no existian antes, dirigiendo el curso de los rios, limitando sus valles, marcando las erupciones plutónicas, modificando, en una palabra, la topografia del globo, y desde luego su orientacion, la direccion y cualidad de sus

vientos y la diferente cantidad de calórico y lumínico tan necesarios á los séres que lo habian de poblar.

Por eso estos grandes acontecimientos, tan 'maravillosos en sus efectos como misteriosos en su origen, han sobrevenido muy de tarde en tarde, y solo cuando el Supremo Creador ha querido manifestar su poder y sabiduría, cambiando la faz de la Tierra, y marcando con ellos el *fin* de una época y el *principio* de otra nueva: el *Ereb y Boker* del inspirado autor del Génesis, el *Vespere et Mane* de la Sagrada Biblia.

Ocasion seria ésta para manifestar que las mayores elevaciones del globo son muy insignificantes, comparadas á su diámetro, pues si suponemos juntos el pico de Gauvichinka en el Himalaya, que es próximamente de 9000 metros de altura, y la mayor profundidad del mar que ha encontrado el Capitan Ros á 900 millas al O. de Santa Elena, que es de 9144. metros, tendríamos una desigualdad de 18144 metros, que comparada con 6,376,811. metros que tiene el radio terrestre en el Ecuador, apenas alcanza á la cuatro centava parte de dicho radio. Respecto al calor propio de la Tierra dirémos, que después de la capa superficial, variable segun las estaciones y latitudes, por cada treinta y tres metros de profundidad se aumenta un grado del centígrado, á los 3300 ° se hallará el punto de ebullicion del agua: que segun las observaciones hechas en el granito, la roca mas profunda sobre la cual descansan todas las demás, funde á los 1300 grados, por consiguiente, si la cantidad de calor crece, en la misma progresion, está el punto de fusion del granito, á los cuarenta y tres kilómetros poco menos de la superficie.

Tampoco queremos hacer mencion de que siendo la densidad de la Tierra algo más de 5. y el término medio de la de todas las rocas conocidas igual á 2, 7 es claro que en su núcleo se deben hallar otras sustancias que equilibren esta falta; pero de todo esto suponemos enterado al lector, y ya es tiempo de levantar las tiendas y continuar nuestros viajes, que no le desagradará visitar los paisajes que nos quedan.

Se continuará.

F. CÁNOVAS.



NO LO SÉ.

—¿Qué súbitos antojos
me anuncian los desvíos
que en tí mi inquietud ve?
¿Por qué bajas los ojos
al encontrar el fuego de los míos?
Di: ¿por qué?

—Mi corazón sondeo,
y en él mi afán advierte
que espera y duda y cree...
O temor ó deseo,
no sé lo que en el alma siento al verte;
no lo sé.

—¿El pensamiento vano
acaso me fingía
la dicha que soñé?
Dime: ¿por qué tu mano
tiembla impaciente al estrechar la mía?
Di: ¿por qué?

—Si el agua azul se mueve
del aire al suave aliento,
toda temblar se vé.
¿Seré yo la onda leve?
¿podrás tú ser la ráfaga del viento...?
No lo sé.

—Cuando á mis ojos brillas
y miro en tí la aurora
del bien que imaginé.
¿Por qué de tus mejillas
los blancos lirios el carmin colora...?
Di: ¿por qué?

—Del sol al rojo paso
ondas purpúreas tiende
nube que blanca fué.
¿Soy yo la nube acaso?
¿Eres tú el rayo que mi faz enciende...?
No lo sé.

—El bien que me prometo,
 á ti, mi amor confío.
 ¡Mas lloras...! Dí: ¿por qué?
 —Mi corazón inquieto
 ¿Llora de pena ó de placer. .? ¡Dios mio!
 No lo sé

Ninguna dicha existe
 de las que el hombre afana,
 donde el dolor no esté.
 ¿Por qué..... ¡mentira triste!
 dicha llamamos á la dicha humana?
 No lo sé.

JOSÉ SÉLGAS.

CRÓNICA DE MADRID;

EL MES DE ENERO.

Dos funciones populares conserva todavía Madrid en el mes de enero; grosera la una, adornada la otra con algo de belleza y otro algo de piadoso. Celébrase la primera la víspera del día de reyes por la noche; y llena la segunda de gente la calle de Hortaleza en la festividad de San Anton, ó sea el 17 del mes que describo.

El que, sin tener noticia de nuestras costumbres, llegara á la capital de España la noche del 5 de enero, creeria de seguro encontrarla agitada por una conmovion popular. Grupos de hombres con antorchas encendidas llenan las calles de humo y aturden con sus gritos y con el estrépito de los cencerros y las latas vacías de petróleo, que arrastran por el suelo. No parece sino que aquellos hachones están destinados á producir terribles incendios; las escaleras de mano, que sobre el grupo descuellan, á subir por los balcones, y las espuertas, que tambien llevan, á llenarse con los despojos del saqueo. Pero nada de eso: aquellas turbas estan compuestas de engañadores y de engañados, inocentes todos, que van á *esperar á los reyes*. No les preguntéis que reyes son estos, porque no lo saben: os contestarán únicamente que han de entrar aquella noche, aunque se ignora por qué puerta, y que dan mucho dinero á cuantos salen á su paso.

Si llevan escaleras es para encaramarse por ellas en medio de la

calle, y ver por dònde vienen los viajeros monarcas; para recojer el oro que han de darles, pues en aquellas tierras no hay ochavos morunos ni céntimos de peseta, van cargados con las espuestas, y en cuanto á los cencerros.... más apropòsito me parecen para adornar cabestros que para festejar á monarcas

Lo cierto es que en esta festividad los que en el año anterior hicieron de engañados, en el presente hacen de engañadores, y los que son víctimas en el actual, en el venidero encontrarán de seguro otros inocentes.

Más amena fiesta popular, la de San Anton, puebla de caballos con las crines trenzadas con cintas de colores, de robustas mulas y aun de engalanados asnillos la calle de Hortaleza. Como ofrenda devota, labradores, propietarios de carros y particulares entregan en el convento de los Padres escolapios sacos de cebada, y reciben la que estos bendijeron ante la imagen del Santo Abad. Para llevar una y traer otra van limpias y adornadas las caballerías; y ginetes de todas las clases de la sociedad y numerosa concurrencia, y vendedores de dulces, con sus mesas cubiertas de blancos paños, se confunden en la calle, que si bien es harto larga, no es de las más anchas de la capital de España.

El primer estreno ocurrido en los teatros de Madrid durante enero ha sido la zarzuela que lleva por nombre *Ildara*. La letra original del Sr. Puente Brañas y la música del Sr. Oudrid. El argumento, que tal vez mejor que para zarzuela pudiera servir para una ópera, pertenece al género caballeresco, y se presta perfectamente á que una empresa eche el resto en cuanto á lujo de trages y decoraciones, como lo ha hecho la del coliseo de Jovellanos. Lienzos representando paisajes fantásticos, fortalezas con sus puentes levadizos, y el palenque donde ha de celebrarse un juicio de Dios, lleno de concurrentes y adornado con vistosos tapices; brillantes armaduras, trages de costosas telas; gran número de comparsas, que á pesar de ser muchos, todavía parecen más, gracias á las repetidas veces que entran por una parte y salen por otra: he aquí los accesorios con que se ha embellecido la representacion de *Ildara*. Esta señora casada con un conde sin amarle, tuvo antes relaciones con otro conde, y fruto de ellas, nació un hijo, que sus padres creyeron muerto, y aparece en la obra para estar á punto de ser asesinado cuando su madre acaba de reconocerle, y para presentarse armado de punta en blanco á defender contra su mismo padre la inocencia de su madre, acusada de adulterio por el traidor encargado de producir emociones en el drama.

Hay además en éste su correspondiente gracioso, que es cocinero y divierte al público haciendo comer bizcochos á un gallo, que saca en brazos, y una escena de baile fantástico, no muy motivada por cierto.

Dos obras ha dado á conocer durante el mes el teatro de Apolo. Fué la primera *El honor*, drama de D. Ramon de Campoamor, ricamente vestido, como todos los de este autor, de pensamientos filosóficos

Preciso es confesar sin embargo, que *El honor* no ha tenido el mismo éxito que *Cuerdos y locos*, *Dies iræ* ni otras producciones de aquel distinguido poeta, ni ha logrado gran número de representaciones. Más propicia fortuna ha sonreído á la comedia de D. Tomás Rodríguez Rubí, que es el segundo estreno de aquel escenario en el mes de enero. *Fiarse del porvenir*, que así se llama, ha sido premiada con ruidosos aplausos, y su autor, alejado hacia algunos años del teatro, ha visto renovarse los triunfos que antes eran tan frecuentes para él.

El asunto de esta comedia es interesante, y encierra un provechoso ejemplo. Un joven fiado en que su disposición para las letras y su carrera de abogado le abrirán paso en el mundo, se casa con la hija de un banquero á disgusto de éste. Como es frecuente y natural, ni la abogacia ni la literatura le dan medios de ganar la subsistencia, y él y su mujer llegan á sufrir las mayores privaciones, y á verse en situación apuradísima. Pero el padre del joven, que había hecho su fortuna en Ultramar, ocultándoles su riqueza, como también al banquero, se presenta á éste tratando inútilmente de convencerle. Rechaza sus súplicas el inexorable padre y aquel, entonces, trocándose de humilde y pobre en amenazador y poderoso, le presenta letras por crecido número de millones que ha de pagar á la vista, amenazándole con la ruina y la deshonra. Los hijos, más nobles que el banquero, interceden por él, y las letras quedan rasgadas, reconciliándose todos y ofreciéndose eterna amistad.

El desempeño de esta comedia, confiado á los principales actores de la compañía, ha sido por extremo esmerado.

Después de pasar larga temporada sin otra cosa que representar comedias de Breton de los Herreros, y anunciar un drama titulado *El alma*, que á fuerza de salir todos los días en el cartel y nunca en las tablas, no parecía otra alma que la de Garibay, el teatro Español cerró sus puertas detrás de las funciones de Noche buena. Con letras de colores anuncia en las esquinas que está preparando una comedia de magia nombrada *Las manzanas de oro*, para la cual dicen que hace gastos considerables.

El autor de este artículo celebrará muy de veras que esas manzanas sean para la empresa de oro puro más preciso es convenir en que un teatro que lleva el nombre de Español y pertenece al municipio de la capital de España, está obligado á hacer más en favor de las letras, que repetir comedias conocidas y cerrarse largas temporadas para preparar una de magia.

Quédense para el Circo de Rivas, con quien es difícil competir en lujo, los espectáculos en que el aparato escénico ocupa el lugar de las bellezas literarias. Los retratos de Lope y Calderon, de Moreto y de Tirso, de Alarcon y de Rojas que adornan el proscenio del que fué *corral de la Pacheca*, no están allí para presenciar exclusivamente la exposicion de desnudos encantos femeniles.

El ayuntamiento de Madrid ha resuelto que vuelva á colocarse en

su pedestal de la Plaza mayor la estatua ecuestre de bronce de Felipe III, que, con escàndalo general fue arrancada de aquel sitio y escondida en un corral de las afueras, donde se guardan materiales y efectos del municipio. Vuelva pronto aquella preciosa muestra de las artes italianas en el siglo XVII á ocupar su puesto entre árboles y flores, y á presidir cada tarde los alegres juegos de las niñas que se reúnen en la Plaza. Consentir que continuara espuesta á destruirse, sería hacerse cómplice del atentado cometido al arrancarla del recinto fundado por el Rey que representa.

En Madrid los árboles son una especie de muebles de teatro, que tan pronto se colocan en un lado como en otro, segun el capricho del director de escena que arregla las decoraciones. Aquellos de mis lectores que hayan estado en Madrid, recordarán, sin duda, que la anchurosa acera de la calle de Alcalá continuaba por delante del Ministerio de la Guerra y á lo largo del paseo de Recoletos. Pues bien: ahora, para abrir paso á los carros, que no es justo sin duda se mezclen, ni aun en pequeño espacio, con los coches de lujo, se han arrancado árboles, trasladándolos alrededor de la fuente de Cibeles, y se ha estrechado la entrada de aquel concurrido paseo. Sin exposicion á ser atropellados, ancianos y niños podrian llegar á él; desde hoy en adelante no será lo mismo; La reforma sobre innecesaria, es desacertadísima.

Otras más urgentes y provechosas descansan en largo olvido después de haberse comenzado. Ahí está, por ejemplo, el viaducto de hierro que atraviesa sobre los tejados de la calle de Segovia. Dos años hace que se concluyó por completo, y solo sirve para paseo de los pájaros y del guarda encargado de custodiarle, gracias á no tener entrada por uno de sus extremos. Cuando, al cabo de algun tiempo, se piense utilizarle, es posible que ya esté estropeado, y que los barrios de San Francisco, albergue antes de la aristocracia, faltos de aquella via, que debiera unirlos con Palacio, se queden tan muertos y sin animacion como lo estan ahora.

La del carnaval empieza á iniciarse por las caretas que asoman en los escaparates y por las comparsas que de noche recorren las calles, ensayando las jotas y pasos dobles que han de ejecutarse aquellos dias en guitarras, flautas y bandurrias; vestidos con el indispensable traje de Zuavos. El invierno presente, nada lluvioso y poco frio, les promete agradables dias para divertirse,

No los han tenido, en cambio los patinadores del lago del Retiro, que no han podido lucir su habilidad este año por falta de hielo.

Los que sí tienen ocasion de lucir la suya son los médicos con la abundancia de catarros, de toses y aun de otras dolencias peores que abundan en Madrid.

Y no porque trate de hacer aplicacion á los médicos de por acá, sino á fin de concluir mi crónica, alla va el siguiente cuento, de cuya exactitud no respondo.

En la China, los médicos tienen obligacion de poner por la noche

á la puerta tantas candilejas como enfermos han muerto bajo su asistencia. Un europeo, que viajaba por Pekin, y cuyo criado se habia puesto malo, buscaba médico una noche, no atreviéndose á decidirse por ninguno, en vista de las muchas luces que todos tenían á la puerta.

Hacia una hora que corria calles cuando en una puerta vió tres candilejas solamente. Decidióse por éste, y haciéndole llamar:—Hijo de Esculapio, le dijo, tu debes ser el mejor médico de la ciudad.

—¿Por qué? respondió el médico.

—Porque mientras tus colegas tienen por docenas las luces, tú no tienes á tu puerta más que tres.

—No consiste en eso, contestó el chino: sino en que he empezado á ejercer esta mañana.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

¿POR QUÉ?

La vi por vez primera, y al momento,
Loco á sus plantas la juré ser fiel.
¿Por qué nos hemos olvidado ahora,
pregunto yo: por qué?

La vi por vez primera, cuando niño,
Al pie de la cruz Santa padecer.
¿Por qué la quiero tanto y no la olvido,
pregunto yo: por qué?

J. RUIZ NORIEGA.

EL RACIONALISMO, LA RECTA RAZON Y LA FE CRISTIANA.

DISCURSO ENTRE UN FRANCÉS Y UN ESPAÑOL

(CONTINUACION)

ESPAÑOL. Es mucha la bondad de V. Vamos pues, à la demostracion.

FRANCÉS. Amigo mio; entiendo por racionalismo, la doctrina que, reconociendo los fueros de la razon humana, la deja obrar por sus propios y nobles impulsos, en la forma y manera que le parezca conveniente.

Si hay Dios, que ya verá V. como no es eso tan cierto como V. cree, siguiendo la doctrina racionalista, es como si no lo hubiera; es decir, que ese Sér Supremo aparece innecesario, y lo que es innecesario, repugna, se desecha, y es como si no existiese.

E. —Trato de no interrumpir à V.; pero amigo, no vaya V. interpretando mi silencio, como conformidad con sus apreciaciones. Siga V., que no me disgusta el camino que ha emprendido. Voy à conseguir que sea V. un buen creyente, si es que es V. racional ó sea; que será V. racional, y no racionalista.

F. —Me causan cierta hilaridad esas salidas. Continuemos. La razon humana se lo explica todo, todo; lo que ella no se explica, no tiene obligacion de creerlo. La oscuridad en las cosas es un ataque à la razon, es un vicio de esas mismas cosas, y lo vicioso no se acepta.

La filosofia no es más, que la razon investigando, la razon dándose cuenta de lo que le rodea; y à la verdad, que si la razon no se fuera à sí misma suficiente, es que ese Sér Supremo que V. invoca, la habria hecho víctima de todo, víctima inocente, à quien se le dan aspiraciones, y se le priva de llegar à ellas y gozarlas.

Esto no puede ser; por eso ese Sér Supremo, al ménos un Sér Supremo que no deja de la mano al mundo, como Vds. dicen, se axiene mal con la razon, puesto que ésta no necesita para su vida de nadie mas que de sí misma; y al no querer ella admitir dependencia de otro para obrar, está en lo seguro, pues sinó, no seria razon, seria un caos, y un caos no es, que la razon ya he dicho que es clara.

V. se sonrie; bien, ¿y que se me dá à mi? Ya se convencerá V. de todo lo que voy diciendo. Vea V.; los hombres antes del

cristianismo se inventaron un Dios, muchos Dioses; después lo mismo. Inventaron un principio de autoridad, que es la tiranía de los soberbios, así como la existencia de Dios providente lleva en sí la idea de otra tiranía peor, la tiranía de los fanáticos é ignorantes, que quieren mandar en otros más ignorantes.

Yo sé que la razón prohíbe lo que sea dañoso para los demás; por eso no debo hacerlo; la razón me dice que yo soy autoridad como cualquiera otra autoridad; y por lo mismo, si yo no quiero, nadie debe mandar en mí, mandará solo mi razón, que es tan buena como la de los demás. Mi razón me asegura que la sociedad es un acto convencional, á cuya continuación solo los tiranos me quieren sujetar; pero que de este yugo pesado puedo yo desprenderme cuando quiera.

Digo más; si la razón individual dice á uno que admita lo que quiera de la llamada revelación, es muy dueño de seguirlo; si otro no cree en nada de esa revelación, debe dejársele en libertad en su sistema, pues la dignidad y grandeza de la razón estriba, en que ella sea para cada cual la regla de su conducta, como que nadie es más que otro.

Esta es la verdad ¿Quién es más que yo?

Tenemos pasiones, que son principio de grandes hechos, aunque sea á veces en medio de defectos, hijos casi siempre de las preocupaciones, y de la esclavitud en que se nos tiene.

Dejemos pues á las pasiones que obren, que se desarrollen; vivamos la verdadera vida, la vida de la libertad de acción, y si tenemos que rechazar la fuerza con la fuerza, ¡esa es la lucha de la humanidad, la cual progresa en la lucha, pues cada día aprende una cosa nueva.

Es tan tirana la sociedad, amigo mío, que ha querido arreglar el estado de la familia, y ha quitado toda su belleza á la naturaleza, que es maestra sabia.

Ha querido la sociedad arreglar lo que se llama propiedad, como si la razón no dijese bien claramente, que todos debemos participar de todo. Ha querido subordinar á reglas hasta la instrucción del hombre, como si en el mundo no fuésemos todos discípulos unos de otros.

Ha querido, en fin, la sociedad regularizarlo todo, todo, y aunque ya comprendo que alguna regla debe haber, ello es que vivimos muchas veces en plena exageración de tiranía.

Por hoy no tengo mas que decir; hágase V. cargo de estos razonamientos, medítelos, y dígame con franqueza si se encuentra convencido.

II.

E. —Pues señor, ¿qué quiere V. que le diga? Estoy muy lejos de haber sido convencido por V.

Es V. tal vez un buen hombre; pero no un hombre bueno,

perdone V. que se lo diga.

Quiere V. el bien de la humanidad á su modo; por esto no es V. un hombre verdaderamente bueno. Y V. quiere serlo, se lo concedo.

Tenga V. la bondad de escucharme sin interrumpirme, que luego nos interrumpirémos.

En lo que acaba V. de decirme, he advertido que ha sentado grandes verdades, y falsedades grandes, y grandes confusiones.

Ni yo ni nadie le niega á V. la excelencia de la razon, ni el que todos somos hermanos, ni que hay á veces tiranias, ni que la humanidad lucha y que cada dia aprende una cosa nueva, pues es verdad que siempre hay algo que aprender, en cierto modo considerado esto

Estas y otras verdades ha dicho V., y yo no se las niego; pero tambien ha expresado V. que la razon se lo explica todo, y eso no es verdad, así como no es verdad que Dios se hace innecesario al lado de la razon; ni tampoco es verdad que V. sea tan libre, y su razon de V. tan poderosa que pueda V. regirse por si mismo, y arreglar la sociedad á su propio criterio, ya en cuanto al órden de la familia, ya en cuanto á la instruccion, ya en cuanto á la propiedad etc.

Eso no es verdad, luego es la mentira que, sin quererlo V., ha salido de sus labios.

Tambien ha incurrido V. en grandes confusiones, pues, por ejemplo, unas veces admite la idea de Dios, y luego la desecha; otras veces admite la revelacion, ó ya la niega; ya habla V. de órden y reglas, ya predica lo contrario, y esto es confusion, y grande, muy perjudicial, y muy impropia de la dignidad del hombre.

Se sonrie V. á su vez; sea en buen hora; yo continuaré mi pobre discurso, y luego veremos quien ha sido más racional, si yo el fanático, ó V. el racionalista.

F. —Continue V., que le oigo con severidad.

E. —Así me gusta; y no se pique V. de mis espresiones. Yo no trato de ofender á V.; al atacar, no ataco la persona, sino la idea, el error, etc.

III.

E. —Vamos al caso, amigo mio.

Yo le diré á V. lo que pienso de la razon; le demostraré á V lo que realmente es esa razon, y ya verá como no puede ser racionalista quien quiere que se le tenga por verdaderamente racional y sensato.

Lo primero que se me ocurre es, que me encuentro aquí en el mundo sin haber venido yo á él; yo no he venido, á mí me han traído.

Ya conocerá V. que yo no podría venir. Yo no era nada, yo

estaba en la nada. ¿Tenia yo poder para salir de la nada?

Por supuesto que ese «yo» bien comprenderá V. que es lo mismo que si yo dijese «la humanidad». Pues bien, la humanidad, yo, yo no he podido venir por mis propias fuerzas, porque ningunas tenia, ni conocia todavía á la razon, ni me podia valer de ella, ni hacer cosa alguna, como que yo era la misma nada.

¿Es esto verdad?

F. —Le diré á V.....

R. —No me ande V. con reticencias. Aquí es menester buscar la verdad, ó mejor dicho, es menester, ante todo, amar la verdad; después, amándola, hay que buscarla, y una vez que la encontremos, es fuerza, es justo, es muy racional y agradable pagar su tributo á la verdad; ese tributo es reconocerla, darla su valor, estimarla, y no desfigurarla por nada ni por nadie.

De modo, que no pudiendo yo venir al mundo, es claro que me han traído.

¿Y quién me ha traído? También en este punto veo una cosa muy clara y sencilla; el que me ha conducido ó traído al mundo, vale sin duda más, mucho más, muchísimo más que yo. Vale tanto como que ha tenido poder y facultad para sacarme de la nada.

¡Y ahí es nada! sacarme de la nada! sacar á la humanidad de la nada! ¡Sacar al mundo, al universo de la nada! pues lo que de mí digo, lo puedo decir del Universo.

Y quien me ha sacado de la nada, me ha traído con un cuerpo compuesto de un mecanismo que revela la mano de un gran artífice, y con una razon, que ha llegado á casi dominar, en cierto modo, ese mismo Universo, que es maravilla de maravillas.

El que me ha traído, el que me ha sacado de la nada, puede, como he dicho, más que yo, y sabe más que yo, infinitamente más; es superior á mí, y á todo lo que me rodea, puesto que todo lo que me rodea le debe el *ser*.

Yo que no era nada, soy algo, soy más que algo, soy mucho, y esto me dice, que eso que soy, lo debo al favor, al amor que me ha tenido mi Hacedor.

Sin amor no se hacen las cosas buenas, y cosas tan prodigiosas como el mundo, como el universo, y sobre todo como el hombre, que es un pequeño Dios.

V. no se asombrará de esta frase, la de que el hombre es un pequeño Dios: nadie se debe asombrar de esto, y menos un racionalista, que tanto enaltece á la razon humana, que viene á divinizarla, á llamarla omnipotente,

Se continuará.

CARLOS M.^o BARBEBAN.

A. T. P.

No escuches, niña, mi canto,
Niña, no enjugues mi lloro;
Que al consolar el quebranto
Pudiera manchar mi llanto
Tus ilusiones de oro.

Déjame vagar perdido
Por una senda sin flores;
Dale el recuerdo al olvido
De un corazón que es el nido
Donde duermen los dolores.

No traigas á mi memoria
Las pasadas alegrías,
No me recuerdes la gloria
De alguna borrada historia
Que formara en otros días.

Huye de mí, sí, y olvida
La dulce amistad de ayer;
No quiero ver confundida
Mi existencia maldecida
Con tu existencia, mujer.

Tú desconoces el duelo
Que mi corazón encierra;
Tú tienes paz y consuelo;
Tú encuentras luz en el Cielo
y jardines en la tierra.

Tú ves en tu edad lozana
Un presente de colores;
Tu sueñas, niña temprana,
Con un risueño mañana
Lleno de amor y de flores.

Yo recorrí á paso lento
Largo camino de abrojos,
Yo siento á cada momento
Nacer un nuevo tormento
Que arranca el llanto á mis ojos.

Yo miro correr delante
De mi existencia agitada
La dicha, quiero anhelante
Cojerla, y à cada instante
La veo mas apartada.

Y en este camino helado,
Suele ver mi fantasía
Un cementerio callado,
Y en una tumba, grabado
Un dulce nombre ¡Maria!

Ángel que al nacer, surcando
Breves instantes el suelo
Donde yo quedé llorando,
Como era un ángel, volando
Fue à los ámbitos del Cielo.

Con él mis dichas nacieron;
Con él tambien acabaron;
Cortos los instantes fueron
Que en el corazon vivieron,
Que en el alma reposaron....

.
.
.

Huye de mí, sí, y olvida
La dulce amistad de ayer;
No quiero ver confundida
Mi existencia maldecida
Con tu existencia, mujer.

De un sér que vaga perdido
Por una senda sin flores,
De un sér que vió convertido
Su corazon en el nido
Donde duermen los dolores,

Niña, no escuches el canto,
Niña, no enjugues el lloro;
Que al consolar su quebranto,
Puede marchitar el llanto
Tus ilusiones de oro.

J. RUBIRA.